

para dar un timo de doscientos mil francos. ¿Y tú, que hablas del mariscal Richelieu, te dejas coger tan cándidamente? ¡Cuántos doscientos mil francos te arrancaría yo de ese modo si quisiese, imbécil! Guarda tu dinero, y si te sobra, lo que te sobre me pertenece. Si le das un céntimo á esa mujer respetable que causa piedad porque tiene cincuenta y siete años, no volveremos á vernos nunca.

—La verdad es que doscientos mil francos es mucho dinero.

—¡Uf! suelen tener buen apetito las mujeres piadosas. ¡Ah! venden mejor sus sermones que nosotras lo más precioso y lo más seguro que hay en el mundo, los placeres. Hacen novelas, ¡uy! yo las conozco, porque he visto muchas en casa de mi madre. Se creen que la Iglesia se lo perdonará todo. Pero en fin, mira, deberías estar avergonzado, tú, que sueles dar tan poco, de querer desprenderte de esa suma. Apenas si me los has dado á mí en conjunto.

—¡Ah! sí—repuso Crevel.—Nada más que el palacio costará eso.

—¿De modo que tienes cuatrocientos mil francos?—le dijo ella con aire soñador.

—No.

—¿De modo que querías prestarle á esa vieja los doscientos mil francos de mi palacio? Eso sí que estaría bueno.

—Pero escúchame.

—Si al menos se los dieses á alguna sociedad filantrópica, pasarías por hombre de porvenir y yo sería la primera en aconsejártelo, porque tú eres demasiado ignorante para escribir algún libro sobre política, y así podrías dar gloria á tu nombre dirigiendo algún asunto social, moral, nacional ó general. Pero no siendo por medio de la beneficencia, no harás nada. Yo quisiera ver que inventabas por doscientos mil francos alguna cosa más difícil, alguna cosa verdaderamente útil. Se hablaría de ti como de una Montyon, y yo me sentiría orgullosa; pero arrojar doscientos mil francos á la calle, prestárselos á una devota abandonada por su marido, es una estupidez que en nuestra época sólo puede germinar en el cráneo de un antiguo perfumista. Eso huele á mostrador. Dentro de dos días ni tú mismo te atreverías á mirarte al espejo. Anda, corre, vete á deshacer lo hecho y no comparescas en mi presencia de otro modo.

Esto diciendo empujó á Crevel fuera de su cuarto, y cuando le sintió bajar por la escalera, dijo:

—Ya está Isabel más que vengada. ¡Qué lástima que estuviese en casa del viejo mariscal, porque nos hubiéramos reído! ¡Ah! la vieja quiere quitarme el pan de la boca. Ya la arreglaré yo.

CAPITULO XXX

Corto duelo entre el mariscal Hulot, conde de Forzheim, y Su Excelencia el mariscal monseñor Cottin, príncipe de Wisembourg, duque de Orfano, ministro de la Guerra.

Obligado á tomar una habitación en armonía con la primera dignidad militar, el mariscal Hulot se había instalado en un magnífico palacio situado en la calle de Montparnasse, donde hay dos ó tres casas regias. Aunque había alquilado todo el palacio, sólo ocupaba el piso bajo. Cuando Isabel fué á llevarle la casa, quiso realquilar en seguida el primer piso, que daría lo suficiente para que la habitación del conde le saliese casi de balde; pero el veterano se negó á ello. Hacía algunos meses que el mariscal estaba sumido en tristes pensamientos, pues había adivinado los apuros de su cuñada, y sin penetrar la causa, sospechaba sus desgracias. Aquel anciano dotado de una serenidad tan alegre, se volvía taciturno. Pensaba que su casa sería algún día el asilo de la baronesa y de su hija, y les reservaba aquel primer piso. La escasez de fortuna del conde de Forzheim era tan conocida, que el ministro de la Guerra, el príncipe de Wisembourg, había obligado á su camarada á aceptar una indemnización para la instalación. Hulot empleó aquella indemnización en amueblar el piso bajo, donde todo era conveniente, pues, según decía él, no quería llevar á pie el bastón de mariscal. El palacio había pertenecido bajo el imperio, á un senador; los salones habían sido restaurados con gran magnificencia, y estaban bien conservados. El mariscal lo había amueblado con lujo, tenía en la cochera un magnífico coche, y alquilaba caballos cuando tenía que ir *in fiocchi*, ya al ministerio ó ya al palacio, á alguna ceremonia ó á alguna fiesta. Como hacía treinta años que le servía de criado un antiguo soldado de sesenta años, cuya hermana era su coci-

nera, podía economizar unos diez mil francos, con los cuales iba formando un pequeño tesoro destinado á Hortensia. El anciano iba á pie todos los días, de la calle de Montparnasse á la calle del Plumet, por el bulevar, y al verle todos los inválidos se cuadraban y le hacían el saludo militar, al que respondía el mariscal con una sonrisa.

—¿Quién es ese á quien usted ha saludado?—le decía un día un joven obrero á un anciano capitán de los inválidos.

—Voy á decírtelo, mocito—le respondió el oficial.

El muchacho se puso en la actitud del hombre que se resigna á escuchar á un charlatán.

—En 1809—dijo el inválido,—protegíamos nosotros el flanco del gran ejército mandado por el Emperador, que se encaminaba á Viena. Llegamos á un fuerte defendido por una triple batería de cañones instalados sobre una especie de roca, y que formando tres reductos, uno sobre otro, enfilaban todo el puente. Nosotros íbamos á las órdenes del mariscal Massena. El que has visto era entonces coronel de granaderos y yo iba con él... Nuestras columnas ocupaban un lado del río, y los reductos estaban al otro. Tres veces se atacó el puente, y tres veces hubo que recular.—Que vayan á buscar á Hulot—dijo el mariscal.—Sólo él y sus hombres son capaces de tomar el puente.—Entonces llegamos nosotros. El último general que acababa de retirarse delante del puente, detiene á Hulot bajo el fuego para decirle lo que había de hacer, y nos embaraza el camino.—No necesito consejos, sino sitio para pasar—le dijo al general franqueando el puente al frente de su columna; y en seguida, una carga de veinte cañones sobre nosotros.

—¡Ah diablo!—exclamó el obrero,—debía ser una cosa grande.

—Si tú hubieses oído decir tranquilamente aquella frase como yo, créeme, pequeño, saludarías á ese hombre hasta besar la tierra. Esto no es tan conocido como lo del puente de Arcola; pero tal vez es más hermoso. Nosotros llegamos á escape con Hulot hasta las baterías.—¡Honor á los que han sobrevivido!—dijo el mariscal quitándose el sombrero. Los *Kaiserliks* quedaron aturdidos del golpe, el Emperador nombró conde al viejo á quien has visto, nos honró á todos en nuestro jefe, y el gobierno de hoy ha hecho muy bien en nombrarle mariscal.

—¡Viva el mariscal!—dijo el obrero.

—¡Oh! ya puedes gritar, porque el mariscal se ha quedado sordo de tanto oír retumbar el cañón.

Esta anécdota puede dar una idea del respeto con que trataban los inválidos al mariscal Hulot, cuyas invariables opiniones republicanas le valían las simpatías populares de todo el barrio.

La aflicción embargando aquella alma tan noble, tan pura y tan serena, era un espectáculo desolador. La baronesa, con esa astucia propia de las mujeres, sólo podía mentir y ocultar á su cuñado toda la espantosa verdad. Durante aquella desastrosa mañana, el mariscal, que dormía poco como todos los ancianos, había obtenido de Isabel confesiones acerca de la situación de su hermano, prometiéndole casarse con ella como premio de su indiscreción. Todo el mundo comprenderá el placer que tuvo la solterona, dejándose arrancar confesiones que deseaba hacer á su futuro desde su entrada en la casa, tanto más cuanto que de aquel modo consolidaba su matrimonio.

—Su hermano es incurable—gritaba Isabel en la oreja buena del mariscal.

La voz fuerte y clara de la loresena, le permitía hablar con el anciano. Es verdad que se cansaba los pulmones, pero no le importaba, porque se proponía demostrar á su futuro que nunca sería sordo para ella.

—¡Haber tenido tres queridas, teniendo á su lado una Adelina!—decía el anciano.—¡Pobre Adelina!

—Si quiere usted hacerme caso, debe aprovechar su influencia con el príncipe de Wisembourg, para lograrle á mí primo una plaza honrosa, pues buena falta le hará, teniendo como tiene el barón empeñada la paga por tres años—gritó Isabel.

—Voy á ir al ministerio á ver al mariscal para saber lo que piensa de mi hermano y para pedirle su activa protección para mi hermana. ¿Qué plaza le parece á usted digna de ella?

—Las damas de caridad de París han formado una asociación de beneficencia de acuerdo con el Arzobispo, necesitan inspectoras honrosamente retribuidas, empleadas en reconocer las verdaderas necesidades. Tal cargo convendría á mi querida Adelina, porque estaría de acuerdo con las aficiones de su corazón.

—Mande usted á buscar caballos—dijo el mariscal,—yo voy á vestirme. Si es preciso iré á Neully.

—¡Cuánto la amal Así, la habré de encontrar yo siempre en todas partes— se dijo la lorenesa.

Isabel imperaba ya en la casa, cuando el mariscal no estaba presente; había inspirado temor á los tres criados, se había procurado una camarera y desplegaba su actividad de solterona, haciéndose dar cuenta de todo, examinándolo todo y buscando en todo el bienestar de su querido mariscal. Tan republicana como su futuro, Isabel le gustaba mucho al militar por sus ribetes democráticos, lo adulaba con una habilidad prodigiosa, y de dos semanas á aquella parte, el militar, que vivía mejor y que se veía cuidado como un niño por su madre, acabó por ver en Isabel una parte de su sueño.

—Mi querido mariscal—le gritaba, acompañándole hasta la puerta,—levante las cortinillas de las puertas y evite las corrientes; hágalo, hágalo por mí.

El mariscal, aquel solterón que no había sido nunca mimado, aunque llevaba el corazón lacerado de dolor, no pudo menos de sonreír á Isabel.

En aquel mismo momento, el barón de Hulot dejaba las oficinas de la Guerra y se trasladaba al despacho del mariscal, príncipe de Wisembourg, que le había mandado llamar. Aunque no tuviese nada de particular que un ministro llamase á uno de sus directores generales, la conciencia de Hulot estaba tan enferma, que vió no sé qué de siniestro y frío en la cara de Mitouflet.

—Mitouflet, ¿cómo está el príncipe?—preguntó cerrando su despacho y uniéndose al ordenanza, que le iba delante.

—Debe tener algo contra usted, señor barón—le respondió el ordenanza,—porque su voz, su mirada y su cara, denotan la tormenta.

Hulot se puso lívido, guardó silencio, atravesó la antesala y los salones, y llegó á la puerta del despacho con grandes palpitaciones de corazón. El mariscal, que contaba á la sazón setenta años, con los cabellos completamente canos y con la cara tostada como los ancianos de esa edad, llamaba la atención por una frente tan espaciosa, que la imaginación parecía ver en ella un campo de batalla. Bajo aquella cúpula gris, cargada de nieve, brillaban, sombreados por el pronunciado saliente de dos tupidas cejas, unos ojos de un azul napoleónico, ordinariamente tristes y llenos de pensamientos y de amargas penas. Aquel rival de Bernadotte había esperado ocupar un trono. Sus ojos se convertían en dos for-

midables rayos cuando algún sentimiento grande se pintaba en ellos. La voz, cavernosa casi siempre, lanzaba entonces estridentes sonidos. Encolerizado el príncipe, se convertía en soldado, hablaba el lenguaje del subteniente Cottin, y no tenía en cuenta nada. Hulot de Hervy vió á aquel viejo león con los cabellos desmelenados cual la crin de un caballo, de pie ante la chimenea, con las cejas fruncidas, el hombro apoyado en el mármol y los ojos distraídos en apariencia.

—Aquí estoy á vuestras órdenes, príncipe mío—dijo Hulot con amabilidad y aire desenvuelto.

El mariscal miró fijamente al director sin decirle palabra, durante todo el tiempo que echó en llegar del umbral de la puerta á dos pasos de él. Aquella mirada de plomo fué como la mirada de Dios. Hulot no pudo soportarla, bajó los ojos en actitud confusa, y pensó:

—Lo sabe todo.

—¿No le dice á usted nada su conciencia?—dijo el mariscal con voz sorda y grave.

—Príncipe mío, me dice que probablemente he hecho mal en hacer *razzias* á Argelia sin consultarle. A mi edad y con mis gustos, después de cuarenta y cinco años de servicio, carezco de fortuna. Usted conoce los principios de los cuatrocientos elegidos de Francia. Esos señores envidian todas las posiciones, han escatimado el sueldo de los ministros, que es decirlo todo, y cualquiera les va á pedir dinero para un anciano servidor. ¿Qué esperar de gentes que pagan tan mal como lo está la magistratura, y que dan á los obreros del puerto de Tolón seis reales diarios, cuando hay imposibilidad material de que ninguna familia pueda vivir allí con menos de dos pesetas, y que no reflexionan en la atrocidad de los sueldos de los empleados con seiscientos, mil y mil doscientos francos en París? ¿Qué esperar de gentes que desean para sí nuestras plazas cuando son de cuarenta mil francos, y que niegan, en fin, un bien de la corona, confiscado á la corona, cuando se les pide para un príncipe pobre?... Si no tuviese usted fortuna, príncipe mío, le dejarían como á mi hermano, con su sueldo pelado, sin acordarse de que salvó al gran ejército conmigo, en las llanuras pantanosas de Polonia.

—Usted ha robado al Estado, usted se ha expuesto á ir á la cárcel, como cajero del Tesoro, y ¿toma todo eso con esa frescura?—le dijo el mariscal.

—¿Qué diferencia, monseñor!—exclamó el barón Hulot.
—¿He metido yo acaso las manos en la caja que me estaba confiada?

—Cuando se cometen semejantes infamias, se resulta culpable dos veces. Usted ha comprometido innoblemente nuestra administración, que era hasta ahora la más pura de Europa. Y total por doscientos mil francos y por una pérdida—dijo el mariscal con voz terrible.—Usted es consejero de estado, y se castiga con la muerte al simple soldado que vende los efectos del regimiento. He aquí lo que me dijo un día el coronel Poutin, del regimiento de lanceros: En Saverna uno de sus hombres amaba á una alsaciana, que deseaba un chal; la tunanta hizo tanto, que aquel pobre lancero, que debía ser ascendido á sargento y que era el honor del regimiento, vendió efectos de su compañía para regalar el chal... ¿Sabe usted lo que hizo el lancero, señor barón de Ervy? Se comió los vidrios de una ventana, después de machacarlos, y murió á las once horas en el hospital... Procure usted morir de una apoplejía para que podamos salvarle el honor.

El barón miró al anciano guerrero con ojos extraviados, y el mariscal, al ver aquella actitud que revelaba un cobarde, sintió el rubor en sus mejillas y sus ojos se encendieron.

—¿Sería usted capaz de abandonarme?—le dijo Hulot balbuceando.

En este momento, como el mariscal Hulot hubiese sabido que su hermano y el ministro estaban solos, se permitió entrar y, como todos los sordos, se fué directamente hacia al príncipe.

—¡Oh!—gritó el héroe de la campaña de Polonia.—Ya sé lo que vienes á hacer, amigo mío; pero todo es inútil.

—¿Inútil?—replicó el mariscal Hulot que no oyó más que esta palabra.

—Sí, vienes á hablarme por tu hermano; pero ¿sabes tú lo que es tu hermano?

—¿Mi hermano?—preguntó el sordo.

—Sí—gritó el mariscal.—Es un ladrón indigno de tí.

Esto diciendo, la cólera del mariscal le hizo lanzar aquellas miradas fulgurantes que, al igual que las de Napoleón, vencían todas las voluntades y abrasaban todos los cerebros.

—Has mentido, Cottin,—respondió el mariscal Hulot poniéndose lívido.—Olvida tus galones como yo olvidé los míos, y dispónete á batirte.

El príncipe se encaminó hacia su compañero, le miró fijamente, y le dijo al oído, estrechándole la mano:

—¿Eres un hombre?

—Ya lo verás.

—Pues bien, reúne tus fuerzas y dispónete á sufrir la mayor desgracia que le puede ocurrir á un hombre.

El príncipe se volvió, tomó una carpeta de encima de la mesa, y la puso en manos del mariscal Hulot, gritándole:

—Lee.

El conde de Forzheim leyó la siguiente carta que estaba sobre la carpeta:

Al Excmo. Sr. Presidente del Consejo.

(Confidencial)

Argel....

Mi querido príncipe: Tenemos entre manos un malísimo negocio, como puede usted ver por los documentos que le envío.

En resumen, que el barón Hulot de Ervy ha enviado á la provincia de O... á un tío suyo, para traficar con los granos y forrajes, procurándole la complicidad de un guardaalmacén. Este guardaalmacén ha hecho confesiones para hacerse el interesante, y ha acabado por evadirse. El fiscal ha llevado el negocio con toda severidad, y Johan Fischer, tío del Director general, al verse amenazado de ir á presidio, se ha dado muerte en la cárcel con un clavo.

Todo habría acabado aquí si este hombre digno y honrado, engañado seguramente por su sobrino y por su cómplice, no hubiese escrito al barón Hulot. Esta carta, que llegó á la Audiencia, asombró tanto al fiscal, que éste vino á verme. Sería un golpe tan terrible el arresto y procesamiento de un Consejero de Estado, de un Director general que cuenta tan buenos y leales servicios, pues nos salvó á todos después del Beresina, reorganizando la administración, que he hecho que me entregasen todas las piezas.

¿Debe seguir su curso este asunto, ó se hace condenar al guardaalmacén en rebeldía, toda vez que ha muerto el principal culpable visible?

El fiscal consiente en que las piezas os sean remitidas, y estando el barón de Ervy domiciliado en París, el proceso corresponderá á esa jurisdicción. Aunque no es completa-

mente legal, hemos encontrado el medio de salir, por el momento, de esta dificultad.

Lo único que le recomiendo, mi querido mariscal, es que tome pronto una resolución. Se habla ya demasiado de este deplorable asunto, que nos haría mucho daño si la complicidad del gran culpable, que sólo es aún conocido por el fiscal, por el juez de instrucción y por mí, llegase á hacerse pública.»

Al llegar aquí, el papel cayó de las manos del mariscal Hulot, el cual miró á su hermano, buscó la carta de Juan Fischer y se la tendió después de haberla leído en un segundo.

«En la prisión de O...

»Sobrino mío: Cuando lea usted esta carta ya no existirá.

»No tema que se encuentren pruebas contra usted. Muerto yo, y habiendo logrado escaparse el jesuita Chardin, el proceso quedará suspendido. La figura de nuestra Adelina, tan feliz por usted, me ha hecho la muerte más grata. Ya no necesita usted enviarme los doscientos mil francos. Adiós.

»Esta carta le será entregada por un detenido con quien creo que puedo contar.

»JUAN FISCHER.»

—Le pido á usted mil perdones—dijo con conmovedora altivez el mariscal Hulot al príncipe de Wisembourg.

—¡Vamos, sigue tuteándome, Hulot!—replicó el ministro estrechando la mano de su viejo amigo.

—¿Cuánto ha tomado usted?—dijo severamente el conde de Forzheim á su hermano.

—Doscientos mil francos.

—Amigo querido—dijo el conde dirigiéndose al ministro, —antes de cuarenta y ocho horas tendrá usted los cuarenta mil francos. Jamás podrá decirse que un hombre que lleva el nombre de Hulot ha perjudicado en lo más mínimo á la cosa pública.

—¿Qué niñería!—dijo el mariscal. Yo sé dónde están los doscientos mil francos y voy á hacer que los restituyan. Presente usted su dimisión y pida su retiro—repuso tendiendo una hoja de papel al Consejero de Estado, cuyas piernas temblaban.—Este proceso sería una vergüenza para todos nosotros, así es que el Consejo de ministros me ha ta-

cultado de completa libertad para obrar en este asunto. Puesto que acepta usted la vida sin honor y sin mi estimación, una vida degradada, tendrá usted el retiro que le corresponda; pero procure usted hacerse olvidar.

El mariscal llamó y dijo:

—¿Está ahí el empleado Marneffe?

—Sí, monseñor—dijo el ordenanza.

—Que entre.

Y al verle entrar, le dijo:

—Usted y su mujer han arruinado á ciencia cierta al barón de Ervy, que está aquí presente.

—Señor ministro, yo le ruego que me dispense, nosotros somos muy pobres, yo sólo tengo el sueldo para vivir y tengo dos hijos, el menor de los cuales es, en realidad, del señor barón.

—¡Qué cara de pillo!—dijo el príncipe al mariscal Hulot, señalando á Marneffe. —Basta de discursos; ó devuelve usted los doscientos mil francos ó va usted á parar á Argel.

—Pero, señor ministro, usted no conoce á mi mujer que se lo ha comido todo. El señor barón invitaba todos los días seis personas á comer. Se gastaban en mi casa cincuenta mil francos anuales.

—Retírese; dentro de dos horas recibirá usted la orden de su traslado.

—Prefiero presentar la dimisión—dijo insolentemente Marneffe marchándose.

—¡Qué pillo más sinvergüenza!—dijo el príncipe.

El mariscal Hulot, que había permanecido de pie, inmóvil, pálido, examinando á su hermano á hurtadillas, fué á tomar la mano del príncipe y le repitió:

—Dentro de cuarenta y ocho horas el daño material quedará reparado, pero el honor no. Adiós, mariscal, este es el último golpe que mata, sí, á mí me acarrearé la muerte—le dijo al oído.

—¿Por qué diantre has venido esta mañana?—le respondió el príncipe conmovido.

—Venía por su mujer, que no tiene pan que llevarse á la boca, y sobre todo ahora—replicó el conde señalando á Héctor.

—Tiene su retiro.

—No, porque está empeñado.

—Se necesita tener el diablo en el cuerpo—dijo el prin-

cipe encogiéndose de hombros. — Pero ¿qué filtro le dan á usted esas mujeres para quitarle así el sentido? — le preguntó á Hulot de Ervy. — Usted que conoce la minuciosa exactitud con que la administración francesa lo escribe todo, consumiendo resmas de papel para hacer constar la entrada y la salida de unos cuantos céntimos; usted, que deploraba que fuesen preciso centenares de firmas para un nada, para librar un soldado, para comprar estribos, ¿cómo podía usted esperar ocultar el robo durante mucho tiempo? ¿Y los periódicos? ¿Y los envidiosos? ¿Y las gentes que desean siempre saber? ¿Os quitan el sentido esas mujeres? ¿os ponen una venda en los ojos? ¿ó es que es usted distinto de los demás? Era preciso que dejase el servicio del estado cuando se convenció que dejaba de ser hombre. Si ha sido usted tan tonto en la comisión de los crímenes, no quiero decirle dónde acabará.

— Prométeme ocuparte de ella — dijo al conde Forzheim, quien no oía nada y que sólo pensaba en su cuñada.

— No tengas cuidado — dijo el ministro.

— Bueno, gracias y adiós. Venga usted conmigo, caballero — le dijo á su hermano.

El príncipe miró con aparente tranquilidad á los dos hermanos en su actitud, en su carácter y en su conformación, al valiente y al cobarde, al voluptuoso y al rígido, al honrado y al concusionario, y se dijo:

— Ese cobarde no sabrá morir, y mi pobre Hulot, tan probo, lleva la muerte en el alma.

Dicho esto se sentó en un sofá y reanudó la lectura de la correspondencia de Africa, haciendo un movimiento que denotaba á la vez la sangre fría del capitán, la piedad que engendra el espectáculo del campo de batalla, pues no hay nadie en realidad más humano que los militares, tan rudos en apariencia y á quienes el hábito de la guerra comunica ese frío glacial tan necesario en los campos de batalla.

Al día siguiente, algunos periódicos contenían estos diferentes artículos:

«El señor barón Hulot de Ervy acaba de pedir su retiro. Los desórdenes en la contabilidad de la administración argelina, que causaron la muerte y la huida de dos funcionarios, han influido en la determinación tomada por este funcionario. Al saber las faltas cometidas por empleados en quienes desgraciadamente había depositado su confianza, el

señor barón Hulot sufrió en el despacho mismo del ministro un ataque de parálisis. El señor Hulot de Ervy, hermano del mariscal, cuenta cuarenta y cinco años de servicios. Esta resolución, combatida en vano, ha sido vista con pena por todos los que conocen al barón Hulot, cuyas cualidades privadas igualan al mérito de su talento de empleado. Nadie ha olvidado la abnegación del ordenador en jefe de la guardia imperial en Varsovia, ni la actividad maravillosa con que ha sabido organizar los diferentes servicios del ejército improvisado en 1815 por Napoleón.

«Es otra de las glorias imperiales que van á abandonar la escena. Desde 1830, el señor barón Hulot no ha cesado de ser uno de las lumbreras necesarias en el Consejo de Estado y en el Ministerio de la Guerra.»

«Argel. — El asunto llamado de los forrajes, al que algunos periódicos dieron proporciones ridiculas, ha terminado con la muerte del principal culpable. El señor Juan Fischer se ha matado en la cárcel, y su cómplice ha huído, pero será juzgado en rebeldía.

»Fischer, antiguo abastecedor de los ejércitos, era un hombre honrado y muy estimado que no ha podido soportar la idea de haber sido engañado por el señor Chardin, guarda-almacén huído.»

En las gacetas de París se leía esto:

«Para evitar en lo sucesivo todo desorden, el Ministro de la Guerra ha resuelto crear una oficina de subsistencias en Africa. Se designa al señor Marneffe para ir á encargarse de esta nueva oficina.»

«La plaza del barón Hulot excita todas las ambiciones. Al parecer, esta dirección está prometida al conde Marcial de la Roche Hugon, diputado, cuñado del señor conde de Rastignac. El señor Massol, refrendario, será nombrado consejero de Estado, y el señor Claudio Vignon, refrendario.»

De todas las especies de *bolas*, la más peligrosa para los periódicos de la oposición es la *bola* oficial. Por astutos que sean los periodistas, resultan á veces engañados, voluntaria ó involuntariamente, por la habilidad de aquellos que, como

Claudio Vignon, han pasado de la prensa á las elevadas regiones del poder. El periódico sólo puede ser vencido por el periodista.

CAPÍTULO XXXI

La partida del padre pródigo

El mariscal Hulot se llevó á su hermano, el cual, antes de entrar en el coche se mantuvo en la portezuela, dejando que pasase primero su hermano mayor. Ni uno ni otro cambiaron palabra: Héctor estaba anonadado. El mariscal permaneció pensativo, como hombre que procura reunir sus fuerzas para soportar un peso abrumador. Al llegar á su palacio, sin pronunciar palabra y hablando únicamente por gestos, indicó á su hermano que entrase en su despacho. El conde había recibido del Emperador un magnífico juego de pistolas fabricadas en Versalles, y sacando de un secreter la caja que las contenía, en la cual se veía grabada la inscripción: «Regaladas por el Emperador al mariscal Hulot», y mostrándosela á su hermano, le dijo:

—He aquí tu médico.

Isabel, que miraba esta escena por la puerta entreabierta, corrió al coche y dió orden al cochero de que la llevase á escape á la calle de Plumet. A los veinte minutos próximamente, ya estaba de vuelta con la baronesa, después de haber enterado á ésta de la amenaza hecha por el mariscal á su hermano.

El conde, sin mirar á su hermano, llamó á su factótum, veterano que le servía hacía treinta años, y le dijo:

—Beaupied, vete á buscar á mi notario, al conde Steimböck, á mi sobrina Hortensia y al agente de cambio del Tesoro. Son las diez y media y á las doce quiero que todo el mundo esté aquí. Tomá los coches que necesites—añadió haciendo la terrible mueca que tan atentos ponía á sus soldados cuando él examinaba los retamas de Bretaña en 1799 (véanse *Los Chuanes*).

—Mariscal, se cumplirán sus órdenes—dijo Beaupied haciendo el saludo militar.

Sin ocuparse de su hermano, el anciano volvió á su des-

pacho, tomó una llave escondida en su secreter y abrió una cajita de malaquita con incrustaciones de acero, regalo del emperador Alejandro. Por orden del emperador Napoleón, Hulot había ido á devolver al Emperador ruso algunos objetos de su propiedad, cogidos en la batalla de Dresde, por los cuales esperaba Napoleón obtener Vandamme. El Czar recompensó espléndidamente al mariscal Hulot, regalándole aquella cajita, y le dijo que esperaba poder tener algún día ocasión de obsequiar de igual modo al Emperador de los franceses, pero conservó Vandamme. Sobre la cubierta de aquella caja guarnecida toda de oro, se veían grabadas también en oro, las armas imperiales de Rusia. ¡El mariscal poseía ciento cincuenta y dos mil francos! y al verlo dejó escapar un movimiento de satisfacción. En aquel momento, entró la señora Hulot en un estado capaz de enternecer á jueces políticos, y se arrojó sobre Héctor, contemplando alternativamente con mirada extraviada, la caja de las pistolas y al mariscal.

—¿Qué tiene usted contra su hermano? ¿qué le ha hecho mi marido?—dijo la esposa con voz tan vibrante, que el mariscal la oyó.

—¡Nos ha deshonrado á todos!—respondió el veterano de la República, haciendo un esfuerzo tan grande, que volvió á abrir una de sus heridas.—¡Ha robado al Estado! Ha hecho mi nombre odioso, me hace desear la muerte, me ha matado... sólo me quedan fuerzas para llevar á cabo la restitución. He sido humillado ante el Condé de la República, ante el hombre á quien más estimo, al cual he dado injustamente un mentís, ante el príncipe de Wisembourg... ¿Es esto nada? He aquí su cuenta con la patria.

Esto diciendo, se enjugó una lágrima y repuso:

—Ahora le toca á su familia. Os roba el pan que yo os guardaba, el fruto de treinta años de economías, el tesoro producto de las privaciones del veterano. ¡He aquí lo que os destinaba!—dijo enseñando los billetes de banco.—Ha matado á su tío Fischer, noble y digno alsaciano, que no pudo soportar como él la idea de una mancha sobre su nombre de aldeano. En fin, Dios, llevado de inaudita clemencia, le permitió escoger por mujer á un ángel, tener por esposa una Adeline, y él le ha sido infiel, ha amargado su vida á fuerza de penas, la ha abandonado por perdidas, por tunantas, por actrices, por bailarinas, por Cadines, por Josefás, por Marnettes. ¿Eres tú el ser á quien yo consideraré como hijo y en